

de manifiesto al príncipe la enormidad de su heregía, y le conmovió hasta el punto de hacerle recoger las cartas que había ya entregado á Asfalo. Escribió al momento Constanzo á la Iglesia de Antioquía otra carta del todo contraria, en la que se nos presenta la prueba mas palpable de la ignorancia y ligereza de este emperador (1). En esta segunda carta reprueba á Eudósio, le condena como á un osado usurpador, y encarga á los fieles que eviten su comunión no menos que la de Aecio, al que trata de pernicioso sofista.

Por entonces, es decir, en el año 358, se tuvo en la desgraciada ciudad de Sirmio la tercera asamblea cismática de los obispos que á la sazón estaban en la corte. Allí dominó Basilio con los demas arrianos mitigados. Una nueva fórmula que adoptaba la semejanza de naturaleza fué sustituida á la segunda en la que se habían desechado juntamente las palabras *consustancial y semejante en substancia*. Ursacio y Valente, que solo atendían al favor y á la fortuna, admitieron sin dificultad este símbolo; pero se insertó en él con artificio lo que se había decidido contra Pablo de Samosata, contra Fotino y Marcelo de Ancira, para al menos hacer desecharse el término *consustancial*.

Dispuso entonces Constanzo que el Papa Liberio fuese á Sirmio desde Berea, donde estaba confinado. Se afirma comunmente, aunque hay pruebas y opiniones fundadas en contrario (2), que este Pontífice, des-

(1) Sozom. lib. 2, hist. cap. 13.

(2) Véase la *Disertación crítica e histórica acerca del Papa Liberio, en la que se demuestra que jamás cayó*, por el abate Corgne, Paris 1726 (en francés); y el comentario crítico e histórico acerca de este Soberano Pontífice, inserto en el *Acta Sanctorum*, t. VI, pág. 372, al 23 de setiembre, por el P. Stilling, uno de los continuadores de Bolando. En estas disertaciones se halla victoriosamente refutada la caída del Papa Liberio; por lo mismo nada mejor podemos hacer que remitir á ellas á nuestros lectores (a).

(a) Puede verse también la disertación del P. Fran-

co Antonio Zaccaria, de *commentitio Liberti lapsu* (Thes. theol. tom. 2; Natal Alejandro, siglo IV, disert. 32, art. 1; P. Felipe Anfosi sobre las cuatro proposiciones del clero galicano, lib. 8, párrafo 3; y últimamente la obra del Papa y de la iglesia galicana del conde José de Maistre, lib. 1, cap. 13, en cuyos escritos se prueba que Liberio no suscribió fórmula alguna. Fuera de que, aun cuando así no fuese, no puede sacarse de aquí argumento alguno contra la infalibilidad del Romano Pontífice; lo primero, porque dado que suscribiese alguna fórmula, sería la primera, y esta, en sentir de San Hilario, podía tener un sentido católico; lo segundo, porque aunque Liberio hubiera cedido á la violencia como particular, no enseñó ni aprobó la heregía como Pontífice, de modo que la propusiese á los fieles como doctrina católica y mandando autoritativamente. Así es que el mismo Bossuet, tan empeñado en sostener la declaración del clero galicano de 1682, decía al abate Ledieu: «Yo he borrado en mi tratado del *Poder Eclesiástico* todo lo relativo al Papa Liberio, porque no probaba bien lo que yo quería establecer en aquel lugar» (T. 2, piezas justificativas del lib. 4). Por último, hasta los centuriadores de Magdeburgo juzgan exento de toda tacha á Liberio (Cent. 4, cap. 10, pag. 1284).

Respecto á los semiarrianos, que estaban triunfantes en Sirmio, no solo acusaron

Respecto á los semiarrianos, que estaban triunfantes en Sirmio, no solo acusaron

(1) Véanse las *Vidas de los Santos* por Alban Butler, traducidas al francés por Godeseard, t. 3, página 310 (también están traducidas al español), en la nota. Allí de un conjunto de circunstancias, cuya reunión forma una prueba irrefragable, se concluye que Liberio no pudo suscribir mas que la primera fórmula de Sirmio, de que hablamos arriba, págs. 388 y 389, y en la que, aun cuando no se encontraba la palabra *consustancial*, sin embargo, añade el anotador, estaba concebida en términos ortodoxos.

de heregía á Aecio y Eudósio de Antioquía, sino también de crímenes de Estado, como por ejemplo de haber tomado parte en otro tiempo en los atentados del César Galo. Eudósio recibió orden de salir de Antioquía, y se retiró á su patria la Armenia. Aecio, después de una formal acusación, fué confinado á Pepusa, ciudad de Frigia. Los emisarios de los semiarrianos apresaron en el camino á Eunomio, á quien Eudósio acababa de ordenar diácono y á quien enviaba á la corte como su diputado y defensor, y luego fué desterrado también á Frigia. De la misma manera fueron tratados otros setenta anomeos de los de mayor nota, de modo que su partido quedó entonces al parecer enteramente arruinado.

Durante estas revoluciones, volvió Liberio á Roma á donde llegó por el mes de agosto del año 358, tercero de su destierro. Varían mucho los autores sobre el modo con que fué recibido. Los que admiten su caída, convienen en que el pueblo romano, tan adicto á su Pontífice como á la fe católica, deseaba ardientemente su regreso, y que durante su ausencia pocas personas habían comunicado con Felix. Añaden que, cuando se vieron algunos efectos de la benevolencia del emperador y de sus arrianos con Liberio, el amor se trocó en desconfianza, y que esta se manifestó estrepitosamente cuando supieron lo que le había costado su regreso. Una multitud de eclesiásticos y legos, arrebatados por el ardor de su celo, rehusaron la comunión de un Pastor que sospechaban había hecho traición á los intereses de la Iglesia. Felix, aborrecido de todos como un usurpador sacrilego, durante las pruebas y perseverancia del Pontífice legítimo, principió á serles grato. Ponderábase la firmeza con que se había declarado contra la heregía de sus protectores; y una parte considerable, así del clero como del pueblo, se adhirió á su

comunión. Sin duda por esto andan tan divididos los modernos sobre la calificación que debe darse á su ministerio. La mayor parte de los antiguos, entre otros San Agustín y San Optato Milevitano, no le cuentan en el catálogo de los obispos de Roma.

No permitió la Providencia que durase mucho tiempo una división tan nociva en aquellas circunstancias. Felix, abandonado de los oficiales imperiales, que profesaban una fe del todo diferente de la suya, no pudo sostenerse, y aun fué arrojado dos veces de Roma. Unos dicen que vivió aún muchos años, y conservó la dignidad episcopal sin ejercer sus funciones: otros que los agentes de Constanzo le degollaron tres meses después en odio de su amor inviolable á la sana doctrina. A lo menos puede reputarse por mártir, á causa de los malos tratamientos que recibió de los enemigos de la fe. El sabio Papebroquio y Baronio no dudan contarle en el número de los Santos. Cuenta Baronio que cuando se estaba reformando el calendario romano, como se tratase de borrar á Felix del Martirologio por su ordenación ilegítima, se halló su cuerpo bajo de un altar, con una inscripción que atestiguaba su martirio: lo cual no dejó duda de que había lavado con su muerte lo que su ordenación había tenido de viciosa.

Liberio, que aun en la hipótesis de su supuesta caída, no había prevaricado sino por temor y por respeto humano, sin perder jamás la fe en su corazón, entró dentro de sí mismo, probablemente poco después que fué restituido á la posesión de su silla. Rompió con los sectarios, recibió á los clérigos mas adictos á Felix, y juntó de este modo bajo su obediencia todos los órdenes de su Iglesia, que solo había mostrado alejarse de él mientras le creyó desertor de la fe de Nicea. Bien pronto este Papa se señaló y del modo mas brillante

con su celo contra los decretos de Rimini.

Para abatir sin recurso el partido de los anomeos ó puros arrianos, juzgó necesario el emperador este Concilio. Eligióse al principio la ciudad de Nicea para su celebracion; pero la divina sabiduría, que saca partido de los vicios así como de las virtudes de los príncipes, se sirvió de la inconstancia natural de este, para impedir que un segundo Concilio, celebrado en Nicea en tiempos tan malos, estendiese algunas sombras sobre el primero, y diese lugar á los simples á confundir el uno con el otro. Entretanto los partidarios de Eudocio de Antioquia y Acacio de Cesarea principiaban á restablecer su crédito, y no tardaron en adquirir el suficiente para hacer convocar dos Concilios en lugar de uno. Parecía inevitable su condenacion, si no formaban una asamblea particular en que ellos dominasen: porque á pesar de sus tramas, y según el curso de las cosas humanas, la mayoría debía estar á lo menos por la semejanza de substancia entre las personas divinas (a). Los motivos que se alegaron al emperador para la multiplicacion de tales Concilios, fueron el que de este modo se gravaba menos el erario y se evitaban á los obispos muchas dificultades y fatigas abreviando los viajes. Fijóse pues á Rimini, ciudad de Italia sobre el mar Adriático, para los occidentales, y para los orientales la ciudad de Seleucia, en Isauria.

Fué convocado primero el Concilio de Rimini, y el emperador, según costumbre, dió sus órdenes para hacer á los prelados los gastos del viaje. Los de la Galia con San Febio de Agen y San Servasio de Tongres al frente, rehusaron generosamente las liberalidades de un príncipe enemigo

(a) La palabra semejante en naturaleza puede decirse era la contraseña de los semi-arrianos.
(N. del E.)

de la verdadera fé (1). Debían á San Hilario el estar prevenidos de todo lo que les convenia saber acerca del estado de las cosas en Oriente, desde donde les envió su tratado de *los Sinodos*.

Esplicábales en él las diversas confesiones formadas por los orientales desde el santo Concilio de Nicea, advirtiéndoles que en su mayor parte eran compatibles con la sana doctrina, y que no se debía mirar como arrianos á los que las admitían; pues condenaban los errores de los puros arrianos, y solo pecaban en que no usaban del término de *consustancial*: mas el santo Doctor prueba que en el fondo lo mismo es decir, el Hijo de Dios semejante á su Padre en substancia como en toda otra cosa, ó creer que le es igual. Con efecto, y suponiendo, como lo hace este Doctor, la unidad necesaria del Ser infinito, nada puede serle perfectamente semejante en cuanto á la naturaleza sin ser de la misma naturaleza.

Después de esta observacion importante, dirigiendo Hilario la palabra á los orientales bien intencionados, les pide que no disputen por las palabras, puesto que convienen en las cosas, y no hagan sospechosa su *Homoiousios* desechando el *Homousios*, que tiene la misma significacion para los hombres de buena fé (a).

Además de los obispos de las Galias acudieron á Rimini otros muchos no menos católicos de todas las regiones del Occidente.

(1) Sulpic. Sever. *lib. 2 hist.*, pag. 139.

(a) A pesar de esta explicacion del santo Doctor, la Iglesia católica jamás admitió aquellas confesiones á medias; pues aunque pudiera dárselas un sentido ortodoxo, sin embargo, la repugnancia de admitir sin mutacion alguna el símbolo de Nicea, era ya una muestra de adhesion al error; además de que á primera vista aparece hay diferencia entre semejanza é identidad, que eran el significado de las dos palabras en cuestion. Esto no obsta para creer lo que en efecto sucedió, que algunos Padres, especialmente los menos inteligentes, suscribiesen sin error propio aquellas fórmulas en que se confiesa al Hijo semejante al Padre, porque las entendían del modo que las explica San Hilario.
(N. del E.)

Entre los mas notables se cuentan Restituto de Cartago, el mas distinguido por la dignidad de su silla, y que á pesar de su juventud parece que presidió el Concilio; Musonio, obispo de la provincia Bizacena en la misma region de Africa, anciano muy respetable, tanto por su capacidad como por su madurez y esperiencia; y Vicente de Cápua, arrepentido enteramente de la debilidad que le hizo prevaricar en el Concilio de Arlés. De entre los arrianos se hace mencion de Ursacio y Valente, tanto tiempo y tan desgraciadamente famosos; de Demófilo de Berea, ilustre en la secta por la supuesta seduccion de Liberio; y de Ausencio de Milan. Ascendía á mas de cuatrocientos el número total de obispos, de los cuales cerca de ochenta eran arrianos. Tauro, prefecto del pretorio de Italia, recibió orden del emperador para asistir al Concilio y no dejar partir á los prelados mientras no estuviesen acordes sobre el dogma, prometiéndole que, si el éxito era del agrado del príncipe herege, le daría el consulado, y en efecto se le dió pasado algun tiempo. Bajo la palabra de union ó concordia entre los obispos era su prevaricacion la que se ponía á precio, y el prefecto lo comprendió demasiado.

Presentáronse al Concilio Ursacio, Valente y los demas gefes de la faccion, con la confesion de fé formada este mismo año de 359 en la última junta de Sirmio. Desechábanse en ella, como ya vimos, los términos de *substancia* y *consustancial*, á pretesto de que escitaban turbulencias y divisiones; y decía simplemente que el Hijo era semejante al Padre en todas las cosas. Los secretarios repetían siempre: mejor es hablar de Dios simplemente, que introducir un lenguaje nuevo (a) que causa tanta fermentacion.

(a) Ya hemos dicho que el vocablo *consustancial* no expresaba una fé nueva, sino que era una explicacion clara y esplicita de la fé antigua y verdadera.
(N. del E.)

tacion. ¿A qué fin, añadian, llenar de escándalo é incendio la Iglesia por algunas palabras que no se hallan en los libros sagrados? Creían sin duda que no era necesario mas que esto para seducir á los prelados de Occidente; pues los hereges sutiles del Oriente, cuyas instrucciones habían recibido los de Rimini, miraban en general á los occidentales como hombres groseros y poco instruidos; pero estos doctores cristianos en verdad y adictos invariablemente al método evangélico, sin hacer alarde de las sutilezas de la dialéctica, contestaron que era necesario seguir la antigua doctrina, enseñada por los primeros discípulos del Salvador y por sus sucesores sin interrupcion hasta los que habían formado el símbolo de Nicea, y que lo que á esto se quería sustituir llevaba en su misma novedad una prueba irrefragable de su corrupcion.

Propusieron anatematizar la doctrina de Arrio, y se formó una acta que proscribía en general todas las heregias y en particular la de Arrio, declarando también en ella que la profesion de fé presentada por Ursacio y Valente era contraria á la creencia de la Iglesia. Los arrianos no quisieron recibir ninguno de estos decretos, lo cual les atrajo la calificacion auténtica de impostores y hereges, especialmente á Ursacio y Valente que fueron depuestos con Ausencio de Milan, Demófilo de Berea, Germinio de Sirmio, y Cayo, obispo en Panonia. Así la fé de Nicea fué también la fé de Rimini, donde la creencia católica vióse también triunfante de los esfuerzos y supercherías del arrianismo, interin el Concilio tuvo alguna libertad. Por esto las primeras sesiones son tenidas por canónicas y legítimas, como en otros varios Concilios posteriores, cuyo fin no correspondió á los principios. Pero el emperador tardó poco en convertirlo en una asamblea tumultuosa y profana, en que la

seducción y la violencia causaron los mas espantosos estragos.

Antes de la apertura de los dos Concilios juntos á un mismo tiempo en Rimini y en Seleucia, habia ordenado Constanzo que viniesen diez diputados de cada uno á comunicarle las resoluciones, para ver si eran conformes á las sagradas Escrituras, y que en este caso las autorizaria con su aprobacion. Tales eran los términos del rescripto, casi increíbles en un príncipe á quien no se le acusa de haberse burlado de la Religion. Escogióronse entre los católicos los diez diputados; mas los hereges enviaron igual número de Rimini, y estos se dieron tanta prisa que antes de llegar sus antagonistas habian prevenido ya de tal modo el espíritu del emperador, que ni aun quiso admitir á su presencia á los últimos. Estos diputados católicos eran por otra parte prelados jóvenes, sin esperiencia y sin talento, elegidos sin duda solo por respeto á la eminencia de su rango y demas cualidades esterioras. Ignórase quiénes fueron; solo se sabe que Restituto de Cartago, obispo jóven, era el gefe ó presidente de la legacion. Respecto á los diputados de la faccion herética, eran estos unos hombres astutos, encanecidos en el arte de intrigar, capaces de manchar la conducta mas regular, y de presentar bajo el mas bello colorido los atentados mas horrorosos.

Al principio mostraron los diez católicos un celo muy vivo, y rehusaron abiertamente comunicar con los arrianos de la córte; mas pronto apagó Constanzo su ardor efimero con sus fingidas dilaciones y sus mortificantes desvíos. Faltando á las instrucciones que habian recibido del Concilio entraron en conferencia con los obispos arrianos, lo cual era para estos un principio de triunfo y presagio de una victoria completa. Efectivamente, los jóvenes diputados, despues de haber exigido para la formali-

dad una ligera esplicacion, firmaron una confesion de fé que les presentó Valente: cabalmente la misma que el Concilio habia desechado, bien que aun todavía era mas mala, pues llamaba simplemente al Hijo semejante al Padre, suprimiendo estas palabras *en todas cosas*. Todavía pasaron mas adelante, porque formaron una acta, en la cual, anulando lo que se habia hecho en Rimini, declararon haber reconocido la pureza de la fé de Valente y Ursacio, confederenciando con ellos.

Despues de esto los diputados arrianos y los católicos regresaron á Rimini, á donde aquellos entraron victoriosos. Escribió Constanzo al prefecto Tauro que hiciese firmar la misma confesion á todo el Concilio, so pena de destierro á los que lo rehusasen, con tal que no pasasen de quince. Aquí la timidez política de este príncipe fué mas poderosa que el entusiasmo de su celo. Apenas supieron los Padres la prevaricacion de sus enviados, cuando rehusaron comunicar con ellos; pero luego que supieron las órdenes del príncipe, el terror, la confusion y el espanto se apoderaron de ellos. La mayor parte ignoraban qué partido tomar, y fluctuaron largo tiempo en esta irresolucion (1). Mas al fin la pusilanimidad, el tedio y desabrimiento de una larga ausencia, las incomodidades inseparables de la prolongacion inesperada de su detencion en un pais extraño, la malignidad con que los trataban las personas encargadas del gobierno y de la policia, y últimamente el pretexto de la paz, que tantas veces sirve para colorear las mas funestas defecciones, iban separando de dia en dia algun prelado del buen partido. Vacilantes ya y abatidos los ánimos, se presentaban en tropas á suscribir; de modo que el número de los que permanecieron irreprensibles de todo

(1) Sulpic. Sev. lib. 2 hist., pág. 142.

punto se redujo á veinte, incluso los santos obispos Febadio de Agen y Servasio de Tongres que sirvieron á los otros de modelo y de apoyo.

El Prefecto, que no olvidaba la promesa del consulado, no omitió diligencia alguna para derribar estas dos columnas del Concilio; pero con unos confesores que no aspiraban sino al martirio, se valió de los ruegos y artificios, mas bien que de amenazas. No le faltaban esos supuestos motivos con que la prudencia del siglo halla siempre medio de colorear las faltas que perjudican á la Religion. «Vosotros, les decia, sois casi los únicos de vuestra opinion: ¿pensais, pues, servir á la Iglesia dando el ejemplo de la obstinacion y de la discordia? No es propio de la piedad ni de la modestia el preferir el propio dictámen al de tantos insignes doctores, á quienes sin temeridad no puede acusarse de que hacen traicion á su conciencia.»

Permanecia Febadio todavía inflexible, pero al fin se le hizo adoptar un temperamento que propusieron Ursacio y Valente: este era el de añadir á la última fórmula de Sirmio los correctivos y modificaciones necesarias, y convenir en las adiciones, con tal que no se pusiesen las palabras de *substancia y consubstancialidad*, que traian agitados los ánimos. Estos dos hombres tan bien intencionados se deslumbraron con la esperanza de la reunion. Creyeron que podian sacrificar á la concordia una palabra cuyo sentido por otra parte se ponía á cubierto (1). Por esto Febadio y Servasio propusieron diferentes artículos para añadirlos á la fórmula de que se trataba, y suplir su insuficiencia. Para disipar entonces todos los temores y mostrar al parecer mayor celo por estas correcciones, exclamó Valente: «si alguno dijere

(1) Damas. ap. Theod. XI, 22.

que Jesucristo no es Dios, Hijo de Dios, engendrado del Padre ante todos los siglos, sea anatema: si alguno dijere que el Hijo de Dios no es semejante al Padre, segun las Escrituras, ó si no dijere que el Hijo es eterno con el Padre, sea anatema.» Todos repitieron cada vez, sea anatema. El pérfido añadió despues: «Si alguno dijere que el Hijo es criatura como lo son las demas criaturas, sea anatema.» Todo el Concilio siguió repitiendo: sea anatema, sin conocer el veneno de esta proposicion, que podia interpretarse en dos sentidos. Querian los católicos declarar que el Hijo de Dios de ningun modo es criatura; y los arrianos que no es una criatura como las demas, sino de un orden mas perfecto.

Gloriáronse en breve arrogantemente de su indigna victoria estos artificiosos perjurios. Pero apenas habian llegado los obispos á sus diócesis, á donde el emperador, satisfecho de ellos, les habia permitido regresar, cuando reconocieron el lazo en que acababan de caer. Gimieron escandalizados, hallándose con tanto dolor como asombro transformados en hereges sin haber variado de creencia: á esto aludia San Jerónimo algun tiempo despues, cuando decia que *el mundo gimió y quedó admirado de verse arriano* (1). Los pérfidos sectarios publicaron con énfasis que no se reconocía al Hijo de Dios sino por una criatura, aunque de un orden superior á todas las demas. Creyéronse dispensados de emplear el término *substancia*, y la fé de Nicea corrió tal riesgo que la puso al borde de ser abandonada por muchos. Entonces se echó de ver cuán preferible es con los enemigos de la Iglesia una guerra declarada á una paz que no está fundada sobre una completa sumision. Estos buenos obispos, víctimas de su simplicidad en Rimini, confesaron su falta y pidieron penitencia. Veláanse despreciados.

(1) Hieronym. advers. Lucif. cap. 7.